XVII Domingo del Tiempo Ordinario C

Padre nuestro

"Uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar. El les dijo: Cuando oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre"... San Lucas, cap. 11.

A la imagen bíblica de "El Cielo", Kafka, el filósofo, le da una traducción más moderna: El Castillo. Pero su comentario nos desconcierta. Entre el castillo que se levanta en la cima del monte y nuestro valle de lágrimas no existe comunicación alguna. Se dice que han tendido un cable telefónico. Pero la experiencia confirma que en esa misteriosa centralilla nadie da curso a las llamadas.

La Biblia por el contrario nos consuela: Dios habla y nosotros podemos responderle.

Así nos remontamos al Libro de los Salmos: Plegarias, himnos y canciones para comunicarnos con el Señor. Pero al fin y al cabo, palabras fabricadas por el hombre.

Sin embargo, desde tiempos remotos, los israelitas las lanzaban desde el valle en busca del Castillo, con el ansia de golpear sus puertas y alcanzar el corazón de Dios.

Pero existe otra súplica que ya no es manufactura humana, sino regalo de Dios.

Nos cuenta San Lucas que estando Jesús en oración, un discípulo le ruega: Señor, enséñanos a orar. Entonces El les entrega el Padrenuestro.

La versión de San Lucas es más resumida que la de San Mateo. Este escribe para los judíos, gente acostumbrada a la oración. En cambio, aquel se dirige a principiantes, que apenas se atreven a invocar al Señor.

Allí Cristo nos revela la fórmula para dar curso directo a nuestras llamadas al Cielo. Nos cuenta el secreto para conquistar la fortaleza. Nos entrega las llaves del Castillo.

Valdría la pena hacer un inventario de los innumerables Padrenuestros que hemos recitado en la vida. Cada uno de ellos con un sabor distinto.

Aquellos de la infancia, con palabras mutiladas, pero que respiraban una fe enorme y una simplicidad inocente. El Padrenuestro recitado en soledad y angustia, paladeando cada vocablo. Los Padrenuestros en familia, antes de las comidas, en los días de problemas y una noche, a la cabecera del abuelo moribundo.

Aquel que hemos desgranado con dolor, pero con esperanza después de alguna falta. Los que hemos enlazado para cumplir penitencia, después del Sacramento. Los Padrenuestros de acción de gracias o simplemente de alegría, cuando vimos abrirse el horizonte.

Volver atrás, escribe Heidegger, es la verdadera filosofía.

Remontémonos a la raíz de nuestra plegaria. Recorramos el camino desde la fórmula gastada, hasta la verdadera oración. Regresemos desde nuestra palabrería y nos encontraremos de improviso con esta maravilla: Padre Nuestro que estás en el Cielo.

Nos dice el Ramakrishna, uno de los libros sagrados de la India: "La abeja zumba ruidosamente alrededor de la flor en busca de miel. Y cuando ha entrado dentro, bebe silenciosamente".

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y